

Margarita Chorné y Salazar
la primera mujer titulada en América Latina

Martha Díaz de Kuri

Premios DEMAC 1997-1998



México, 2009

Primera edición, México, 1998
Primera reimpresión, México, 2000
Segunda edición, México, 2009

Margarita Chorné y Salazar,
la primera mujer titulada en América Latina
por
Martha Díaz de Kuri

© Derechos Reservados, segunda edición, México, 2009, por

Documentación y Estudios de Mujeres, A.C.

José de Teresa 253,

Col. Campestre

01040, México, D.F.

Tel. 5663 3745 Fax 5662 5208

Correo electrónico: demac@demac.org.mx

librosdemac@demac.org.mx

Impreso en México

ISBN 978-607-7850-07-6

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualesquiera de los medios –incluidos los electrónicos– sin permiso escrito por parte de los titulares de los derechos.

ÍNDICE

Prólogo	7
La primera	11
Mujeres del siglo XIX.....	15
Domésticas, obreras, empleadas o costureras	17
El panorama se amplía	19
La familia Chorné	21
La pequeña Margarita.....	23
Sus aficiones.....	25
La dentistería	28
El gremio madura	31
El ansiado día	34
El consultorio de Margarita.....	37
Amores y desamores.....	42
Un regalo de reyes	47
El reconocimiento	50

Los años difíciles	52
El retiro	56
Fuentes	63
Entrevistas.....	64

PRÓLOGO

A diez años de publicada nuestra biografía de Margarita Chorné y Salazar, el personaje ha cobrado mayor relevancia como iniciadora del proceso de incorporación de la mujer a la vida profesional de México. Ella, sin proponérselo, fue la punta de lanza de la lucha del género femenino en la búsqueda de equidad profesional. A lo largo del siglo XIX, ciento treinta y tres hombres y tres mujeres recibieron su título de cirujanos dentistas. Margarita Chorné y Salazar (1886) fue, además, la primera mujer que ejerció una profesión en toda América Latina. Tres años después que ella, se recibiría Cleotilde Leonida Castañeda, y en 1896, Mónica Correa, cuyas historias aún no son rescatadas.

A Margarita Chorné le tocó vivir acontecimientos políticos y sociales de gran trascendencia. Nació durante el Imperio de Maximiliano. Como gran parte de las familias acomodadas de la ciudad de México, los Chorné eran simpatizantes del presidente Porfirio Díaz. Margarita vio los primeros años de lucha armada con recelo. Posteriormente, al casarse con Antonio Dromundo, abogado cercano al movimiento zapatista, Margarita entendió el proceso político y los cambios sociales y, se dice, sin que tengamos pruebas que lo corroboren, que la doctora Chorné atendió como dentista al presidente Francisco I. Madero y a varios generales revolucionarios. Divorciada y ya sin la protección de su padre, a Margarita le tocó sortear las crisis económicas posteriores a la Revolución Mexicana, pero gracias a su ejercicio profesional, pudo darle lo indispensable a su hijo Baltazar Dromundo Chorné, que

se convertiría en uno de los ideólogos del movimiento estudiantil que culminaría con la autonomía universitaria.

A partir de 1904, año en que se abrió la primera escuela dental en nuestro país, la situación empezó a ser más favorable para las mujeres que deseaban dedicarse a esta profesión. En la segunda generación (1907) de esta escuela, que con el tiempo se convertiría en la Facultad de Odontología de la UNAM, se inscribió Clara Rosas, joven llegada de Tenosique, Tabasco, quien se ganó una beca por haber tenido el mejor promedio del plantel. La doctora Rosas fue la primera profesora de odontología del país. En la década de 1920, la presencia de mujeres estudiantes de odontología había aumentado, pero, al igual que en todas las carreras universitarias, seguía siendo escasa comparada con la de los varones. El género femenino continuó abriéndose paso en esta profesión, y ya para los años cuarenta representaba poco más de 30% del alumnado.

En las décadas posteriores el número de mujeres estudiantes de odontología siguió creciendo, y para los años setenta, ya con la creación de escuelas dentales particulares y los planteles de Izta-cala y Zaragoza, pertenecientes a la UNAM, el número de mujeres empezó a rebasar al de varones. En la actualidad, el porcentaje fluctúa entre 60 y 70% en escuelas y facultades de la ciudad de México y los estados de la república.

El género femenino, que inició su presencia en la odontología con la titulación de Margarita Chorné y Salazar, ha ido en aumento también en la docencia, en las direcciones de los departamentos dentales de servicios públicos y privados, en la planeación de programas de salud en el ámbito nacional, así como en la presidencia de sociedades dentales. Vale la pena señalar que varias cirujanas dentistas han ocupado nombramientos relevantes en la Federación de Mujeres Universitarias (FEMU). Es notable la presencia femenina en los programas de posgrado e investigación, y varias cirujanas dentistas han llegado a la dirección de escuelas y

facultades de odontología de la ciudad de México y los estados de la república. Por eso es de vital importancia conocer, en la vida y circunstancias de la doctora Chorné, los inicios de este importante proceso.

MARTHA DÍAZ DE KURI
Septiembre de 2009

En el examen general de
Escuela que ha sustentado
Mdt en esta Escuela la tarde
del día 18 del presente mes la
Excmo. C. ha tenido a bien
aprobarla por unanimidad.
Lo que comunico a Mdt para
su inteligencia.
Libertad y Constitución etc etc
en Buenos Aires el 18 de 1886.
Nicolas C. de Salazar

Señorita Margarita J
Charris
a Puerto.

LA PRIMERA

El lunes a las cinco de la tarde se verificó, en la escuela de medicina de esta capital, el examen profesional de dentista de la estimada joven Margarita Chorné, hija del muy conocido y bien reputado cirujano dentista don Agustín Chorné.

Formaron el jurado los distinguidos facultativos doctores don Rafael Lucio, don Juan María Rodríguez, don Luis Ruiz, quienes aprobaron por unanimidad a la joven sustentante, que manifestó muy amplios y sólidos conocimientos en el ramo, respondiendo con notable acierto a las preguntas. La concurrencia que asistió al examen fue muy numerosa, formada en gran parte por los alumnos de medicina. Al concluir el examen recibió la joven sustentante el oficio del secretario de la escuela, en el que se le comunica la aprobación unánime de la mesa sinodal, fue felicitada por una ola de aplausos de todos los concurrentes.

El examen brillante de la señorita Chorné abre un amplio campo a importantes reflexiones respecto a los adelantos que se pueden obtener por algunas jóvenes que se dediquen a un ramo tan notable como es la cirugía. La señorita Chorné es la primera que se ha presentado a un examen de este género, y estamos seguros de que la dedicación al estudio que por muchos años ha estado consagrada, bajo la hábil dirección del señor su padre, ha de tener una abundante y digna recompensa en una numerosa y escogida clientela.

El laboratorio dental de los señores Chorné, situado en el número 24 de la calle de Mesones, goza, y con gran justicia, de grande reputación en México, y hoy tendrá además el atractivo de que los señores podrán ponerse en manos de una joven diestra e inteligente que les evite las mortificaciones que les causa el tener que sujetarse a ser operados por las manos de hombre que por hábiles que sean, nunca tienen la delicada finura de las manos de la mujer.

Felicitemos muy sinceramente a la joven dentista y a sus estimables padres porque han visto coronados sus afanes y deseamos que el gabinete de los señores Chorné siga siendo como hasta ahora uno de los más concurridos de la capital.

La voz de México, 20 de enero de 1886.

La recepción profesional de la señorita Chorné fue un acontecimiento de gran impacto para la sociedad porfiriana. De hecho, la joven, sin proponérselo o siquiera imaginarlo, era la primera mujer que se titulaba de una profesión independiente en toda América Latina. La imagen de una dama al frente de un gabinete dental, con un fórceps en la mano y dispuesta a realizar una intervención en la boca de un paciente, era inimaginable en aquella época.

A este trascendental suceso le siguieron otros no menos relevantes para el futuro de la mujer mexicana. He aquí una breve enumeración de los más destacados: la edición de la primera revista femenina nacional, *Violetas del Anáhuac*, fundada y dirigida por la escritora mexicana Laureana Wright de Kleinhans; entre cuyos objetivos estaban demandar la igualdad de oportunidades para ambos sexos y el sufragio para la mujer.

Meses después, en 1887, recibió su título la doctora Matilde Montoya, primera médica egresada de la Escuela Nacional de Medicina. Suceso tan fuera de lo común se festejó con una corrida de toros. Asimismo, gran sensación causó en 1898 el anuncio de que una estudiante de leyes defendería a un reo ante el jurado. Las crónicas sociales describieron que “la abogado vestía correctamente *toilette* color marrón” y que, al terminar su actuación, fue muy aplaudida por el nutrido grupo de curiosos que logró entrar al juicio. Por muchos años, Victoria Sandoval de Zarco sería la única abogada mexicana; sin embargo, limitó su práctica profesional a cargos administrativos, pues su condición de mujer le dificultaba el litigio.

Estos casos tan notables rompen un dique contenido por siglos; la mujer mexicana empieza su despertar. Las pioneras facilitarán

el camino a generaciones de mujeres que durante las primeras décadas del siglo XX incursionarán en actividades antes ejercidas exclusivamente por varones. Ésta es la biografía de una de ellas, de la primera: Margarita Chorné y Salazar.

Valdría la pena recordar cuáles eran las limitaciones para el desenvolvimiento de la mujer fuera de casa, así como las perspectivas a las que se enfrentó Margarita y todas las mujeres que desafiaron las reglas establecidas.



MUJERES DEL SIGLO XIX

Desde tiempo inmemorial el trabajo no remunerado de la mujer ha servido de sustento al desarrollo de la economía de esta nación. En las comunidades del campo, manos femeninas se han dedicado, a la par de las masculinas, a las tareas de siembra y recolección de la cosecha, así como a la comercialización de sus productos.

En las poblaciones no rurales y en las ciudades, el papel de la gran mayoría de las mujeres se limitaba a las tareas hogareñas; una dama que ejerciera una profesión era algo prácticamente impensable.

Al comenzar a definirse la nueva nación, tras la lucha de Independencia, las estructuras de poder trazadas por los varones no estaban listas para legitimar los esfuerzos y oficializar la participación femenina.

La influencia de la filosofía liberal y el modelo positivista europeo adoptado en México sugerían los lineamientos de una sociedad diferente. Los avances en la educación y el mejoramiento de los medios de comunicación contribuyeron en gran medida a que se exaltara el espíritu de realización individual y a dejar atrás los viejos modelos colectivos.

Por fortuna, este progreso también se hizo presente en la vida femenina. Muy pronto sería imposible ignorar o detener el apetito de la mujer por probar las nuevas oportunidades que ofrecía la temprana modernidad, así como por escalar las jerarquías profesionales abarcadas únicamente por el sexo masculino.

Tampoco hay que pasar por alto que otro gran obstáculo al que se enfrentaron las pioneras de las profesiones fue de orden moral.

El hecho de que una mujer desempeñara, o sólo deseara incursionar en una profesión, se interpretaba como una renuncia a los ineludibles deberes morales –tanto hacia ellas como hacia sus familias– para abrirse paso en terrenos inadecuados, riesgosos y no bien vistos por la sociedad decimonónica.

DOMÉSTICAS, OBRERAS, EMPLEADAS O COSTURERAS

Las opciones *decentes* para que una mujer de ciudad se ganara la vida a lo largo del siglo XIX no eran muchas: las muchachas de la clase necesitada se podían emplear en el servicio doméstico o en alguna fábrica, como en la floreciente industria tabacalera, donde el personal era mayoritariamente femenino. Las jóvenes de clase media baja podían optar por la costura y la enfermería, ocupaciones empíricas por aquellos años, o atreverse a incursionar en algún puesto dentro de la burocracia. Las tiendas de suntuarios artículos importados, como El Puerto de Veracruz, La Francia Marítima y El Centro Mercantil, empleaban en sus departamentos de ropa de mujer y mercería a “damas jóvenes de excelente presentación y preferentemente de tipo extranjero”,¹ como expresaban los anuncios de los periódicos donde solicitaban personal.

Es obvio aclarar que en todas estas ocupaciones los salarios femeninos eran menores que los devengados en actividades semejantes por los varones. Las costureras ganaban a lo sumo tres reales, pero eran frecuentes los sueldos de dieciocho centavos por una tarea que ocupaba todo el día y parte de la noche. Para dedicarse a estos oficios no se necesitaban estudios, bastaba la buena disposición y un corto periodo de entrenamiento.

¹ Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México. El Porfiriato. Vida Social*, México, Hermes, 1985, pp. 227-234.



Margarita Chorne y Salazar.

EL PANORAMA SE AMPLÍA

Para las dos últimas décadas del siglo XIX la educación abrió un vasto panorama para la mujer. Las carreras de farmacia, enfermería y obstetricia, hasta entonces empíricas, se empezaron a cursar en la escuela de medicina de Santo Domingo. A partir de los años ochenta, gran cantidad de señoritas se atrevieron a dejar sus tareas domésticas por algunas horas para aprender un oficio en las artes de la salud.

En 1878 el plan de estudios de la Escuela Nacional Secundaria para niñas se vio enriquecido con la incorporación de materias como ciencias físicas y naturales, higiene, medicina, economía doméstica, repostería y pedagogía. El aprendizaje de estas asignaturas capacitaba a las estudiantes para la docencia. Esta orientación posibilitaría que, para 1888, este plantel se convirtiera en Normal para profesoras. A partir de esta fecha empezaron a proliferar por todo el país escuelas para maestras de primaria. Ante la gran cantidad de jóvenes que egresaban de todos estos planteles para dedicarse a la enseñanza, los editorialistas de los diarios capitalinos expresaban que así como el siglo XVIII había dado al varón la libertad por medio de la educación, la mujer estaba recibiendo, antes de terminar el siglo XIX, este mismo privilegio. En los años posteriores al porfiriato, era ya palpable el predominio de la población femenina en las aulas de las escuelas normales.

La fundación en la ciudad de México de la primera escuela de artes y oficios para mujeres, en 1871, fue otro logro femenino muy importante. En la nueva escuela, cualquier joven podía entrenarse en telegrafía, dibujo, pintura, modas, bordados, flores artificiales,

doraduría, imprenta, encuadernación, tapicería y pasamanería, entre otras materias. Muchos varones que veían con reservas el que las mujeres mexicanas estudiaran carreras profesionales, aprobaban las de artes y oficios, ya que tenían la ventaja de que sus alumnas podían vender sus manufacturas en el taller de la propia escuela, o bien, dedicarse en el futuro a elaborar los productos en sus domicilios, “sin que desatendieran los quehaceres hogareños y tuvieran que exponerse a los peligros de la calle”.²

En varias ciudades del interior de la república, como Puebla, Monterrey, San Luis Potosí, León, Guanajuato y Morelia, se inauguraron escuelas de artes y oficios con programas semejantes a los de las escuelas capitalinas. Para 1883 se incorporaron nuevas asignaturas: bonetería, tintorería, mecanografía, teneduría de libros e inglés, materias que empezaban a ser muy útiles y que posibilitaban a las jóvenes conseguir empleos en oficinas de gobierno y en prósperos bufetes de abogados.

El que la mujer estudiara y se incorporara a la productividad contó con gran número de detractores. El tema levantaba grandes polémicas. Hasta bien entrado el siglo xx, había todavía editoriales que se referían a la necesidad de eliminar los estudios para damas, con el objeto de “evitar la total emancipación de la mujer que daría como resultado la desaparición de las futuras madres y esposas y la destrucción del hogar”.³

Sin embargo, en todas las ocupaciones mencionadas, el trabajo femenino estaba siempre subordinado a jefes del sexo opuesto. La mujer todavía no había incursionado en ninguna profesión independiente, pero estaba a punto de hacerlo.

² *Idem.*

³ *Idem.*

LA FAMILIA CHORNÉ

Los Chorné habitaron siempre en San Miguel, uno de los cuatro barrios que formaban lo que ahora se denomina el centro histórico de la ciudad de México.

El señor Chorné provenía de una familia de orfebres y joyeros de ascendencia francesa. Heredero del oficio y de los instrumentos de su padre, que llegaría a ser el orfebre oficial de la Catedral Metropolitana, se dedicó en su juventud a esta actividad.

La gran habilidad adquirida por Agustín Chorné y Campos para vaciar metales, modelar, pulir y contornear pequeñas piezas, y su experiencia para manejar los delicados instrumentos de joyería, le facilitaron el cambio para dedicarse a la dentistería, arte que entonces tenía gran demanda.

Doña Paz Salazar, madre de Margarita, como la mayor parte de las damas, salía solamente de su casa para ir a misa y al mercado de La Merced, acompañada de una doméstica que cargaba las copeteadas canastas con la despensa familiar. Su gusto mayor era guisar en su espaciosa cocina con piso de ladrillo saturado de congo rojo y grandes cazuelas colgadas en la pared. De la estufa de carbón salían albondigones fritos de carne de puerco, capirotada de guajolote, pollos estofados, los mejores moles del barrio de San Miguel y, por supuesto, el chocolate molido en metate. Los Chorné contaban con varias domésticas que ayudaban en la cocina y demás menesteres del hogar, como todas las familias acomodadas. Por eso había siempre, a la hora de la comida, tortillas recién salidas del comal y pan recién horneado para la merienda.

Del matrimonio formado por Agustín Chorné y Campos y doña Paz Salazar nacieron un hijo varón, Rafael, y cuatro mujeres: Margarita, María, Virginia y Cecilia.



Margarita Chorne y Salazar (la más alta) con sus padres Agustín y Paz, Rafael, su hermano, María, Virginia y Cecilia, sus hermanas.

LA PEQUEÑA MARGARITA

Margarita nació el 22 de febrero de 1864 en la casa número 6 de Puente Quebrado, calle que posteriormente cambiaría de nombre por el de San Felipe Neri, para terminar con el que lleva hasta la fecha: República de El Salvador.

La pequeña Margarita heredó el cabello oscuro y brillante de su madre y los ojos grises y la tez sonrosada de la familia paterna. De muy pequeña, don Agustín la tomaba en brazos y desde el balcón de su casa le señalaba rumbo al castillo de Chapultepec, residencia del emperador Maximiliano y su esposa Carlota, y mencionaba a las tías Beatriz y María Elena, que formaban parte de las damas de honor de la emperatriz. Le platicaba también la historia de los Chorné, su orgullo de tener ascendencia francesa y las razones por las que su abuelo, un día lejano, había desembarcado en Veracruz de un buque que lo trajo desde Marsella. Margarita lo miraba paciente con sus ojos claros y parecía entender todo lo que su padre le relataba. Desde esta edad surgiría entre ellos una gran afinidad.

Inquieta desde muy pequeña, Margarita acudió a párvulos con sus hermanas, donde estudió las primeras letras y nociones de música. Posteriormente, como casi todas las niñas capitalinas de clase media acomodada, asistió a un colegio de monjas, donde aprendió el catecismo, aritmética, geografía, lengua francesa, a tejer con gancho y a bordar punto de cruz.

Doña Paz, su madre, intentó inútilmente enseñarle a cocinar y todos los menesteres que una “señorita decente” debe hacer en su hogar. Al contrario de sus hermanas, Margarita odiaba entrar a la cocina. Detestaba también pasar las tardes haciendo encajes de

bolillo, deshilando sábanas de lino, así como aquellas aburridas tertulias femeninas en las que se tomaban bizcochos con chocolate mientras se comentaba la boda del sábado pasado. Era mucho más divertido leer los libros de la biblioteca de su papá, o salir a pasear con Rafa, su hermano.

A los diez años, Margarita se aficionó a la equitación y, durante toda la semana, le insistía a don Agustín para que, como lo hacía con su querido hermano, la llevara a montar a Chapultepec. Las eternas discusiones de sus padres eran por estos motivos. A doña Paz le preocupaba que su primogénita fuera tan distinta a todas las niñas de su época: “¿A dónde va a llegar Margarita si le sigues consintiendo todos sus gustos? Odia cocinar, todo el día está metida en tu biblioteca y nada más quiere que llegue el sábado para ir a montar a caballo”.

Antes de llegar a la adolescencia, ya había surgido en Margarita otra de sus grandes pasiones: la música. Su padre consiguió uno de los mejores maestros de piano, y a los catorce años el repertorio de la joven se componía de gran cantidad de valeses, mazurcas y danzas habaneras, como *No me mires así* y *Los ojos de Leonor*. Los domingos en la tarde, la familia acostumbraba pasear por la Alameda. Había que saludar a las amistades y deleitarse con las bandas musicales que tocaban marchas militares, arias de ópera y valeses de Strauss, tan de moda por aquellos años. De estos inolvidables paseos les hablaría Margarita, muchas décadas después, a sus nietas.

SUS AFICIONES

Margarita cumplió trece años y de regalo le pidió a su padre que la llevara a una función de ópera. Las crónicas sobre la temporada, publicadas en el *Monitor Republicano*, le habían despertado un enorme interés para ir a ver y escuchar a la gran cantante Adelina Patti. De hecho, llamó con este nombre a su muñeca de rostro de porcelana y largas trenzas castañas de cabello natural, que conservaría toda la vida. A la cantante la admiraba, como diría a su padre: “Porque siendo mujer es importante y famosa y porque es la mejor”. Don Agustín cedió ante tantos argumentos, la verdad, le era difícil negarle algo a Margarita, no se quedaba callada ante la primera negativa, siempre sabía cómo convencerlo.

No era muy tarde, pero ya había oscurecido cuando Rafa trajo el coche de sitio que los habría de llevar al Teatro Nacional. El éxito de la temporada había ocasionado que los boletos fueran acaparados por los revendedores, motivo por el cual don Agustín tuvo que pagar la escandalosa suma de treinta pesos por cada uno, en lugar del precio de taquilla de diez por boleto de luneta. Doña Paz no asistió, tuvo que quedarse a cuidar a María y a Cecilia, convalecientes de varicela. A la hora de la comida, se había suscitado una discusión familiar por el tema de siempre. “A Margarita debería gustarle más ir al circo Orrín, como a todas las niñas de su edad—había dicho doña Paz a su marido—. ¿Por qué esta niña siempre ha de ser tan distinta? Y tú que le consientes todas sus locuras...”

Margarita entró radiante al teatro del brazo de su padre. Y como a última hora doña Paz descubrió que la joven ya necesitaba un atuendo de “señorita”, arregló, para que luciera, su mejor vestido,

el de encaje negro y tafeta azul plúmbago. Esa función quedaría en el recuerdo de Margarita el resto de su vida: los trinos dulcísimos y cadenciosos de la Patti interpretando a Violeta en *La Traviata* y los aplausos que hicieron salir a la artista siete veces al escenario cubierto de flores. Otra circunstancia contribuiría a hacer inolvidable esa noche: a la salida, Margarita realizó uno de sus sueños, conocer en persona a Porfirio Díaz y a Carmelita, su esposa.

De esa noche en adelante, Margarita asistiría cada temporada a la ópera, y sería de las pocas personas que comprendieron el *Tannhäuser* de Wagner, presentado en México por primera vez por la compañía de Napoleón Sieni, en 1891. Pero ése no sería el único estreno al que asistió, tuvo la suerte de concurrir también al de *El buque fantasma* y las *Walkirias*, del mismo autor, y a *Fidelio*, de Beethoven.

Ángela Peralta sería otro de los personajes admirados por Margarita, que se emocionó hasta las lágrimas con la interpretación de la *Leonora* de Verdi. Fue tan triste para la joven aquel día de septiembre de 1883, en que la prensa anunció el deceso por fiebre amarilla del *Ruiseñor Mexicano*, que guardó luto riguroso un mes y acudió a las misas que diariamente dedicaron a su memoria en Catedral.

La opereta y la zarzuela cautivarían también a Margarita. Uno de los lugares preferidos para gozar de este género, era el café cantante del Hotel Iturbide, donde la familia podía tomar café, chocolate o helado con pastel, mientras se deleitaba con una pieza teatral o una zarzuela.

Aunque un poco antes de recibirse como dentista tuvo que abandonar sus clases de piano, nunca dejó de estudiarlo. En las épocas de mayor trabajo acostumbraba practicar por lo menos una hora diaria. Su piano Steinway de un cuarto de cola, obsequio de sus padres, era el objeto máspreciado de su hogar. Hasta los últimos días de su vida interpretaría sus vales favoritos: *Poético*, de Felipe Villanueva; *Capricho*, de Ricardo Castro; *Club Verde*, de Campodónico, y *Elodia*, la preciosa mazurca de Jordá.



Margarita Chorné y Salazar.

LA DENTISTERÍA

Entre los planes de la familia Chorné no estaba el que sus niñas estudiaran más allá de la primaria, quizás algún curso de economía doméstica, doctrina cristiana, poesía, repostería y bordado, materias propias para quien está destinada a cuidar un hogar. De hecho, Virginia Chorné dominaba las artes de la aguja de una manera prodigiosa, utilizando hilos de oro, seda y pedrería, habilidad que la llevaría a dedicarse por muchos años a bordar trajes de torero. María y Cecilia eran destacadas en la cocina, sobre todo en la repostería. De sus manos salían tales natillas de piñón, huevos reales, pastas de almendras y magdalenas de naranja, que les valieron ganarse un buen número de pretendientes. Pero Margarita nunca tuvo las mismas inclinaciones de sus hermanas. A ella le gustaba, además de oír e interpretar música, la lectura, e insistió, hasta conseguirlo, que sus padres le permitieran hacer estudios secundarios en la escuela de La Paz, comúnmente conocida como Las Vizcaínas. Ante tal insistencia, los señores Chorné no tuvieron más remedio que aceptar, pero vieron siempre con mucha desconfianza esta nueva locura de Margarita, dado que dicha institución era laica y, por lo tanto, nada adecuada para una familia tan cristiana. En parte se trató de subsanar este gran inconveniente con las clases de catecismo a las que acudían al Sagrario capitalino todos los hijos del matrimonio Chorné, dos veces a la semana.

En Las Vizcaínas, Margarita cursó materias que le parecieron fascinantes: historia natural, higiene, nociones de ciencias físicas, matemáticas, teneduría de libros, inglés y química. Se aplicó tanto en la caligrafía, que consiguió tener una preciosa letra.

Pero no todo quedó ahí, su carácter inquieto y curioso y su gran apego a don Agustín y a su hermano Rafael impulsaron a Margarita a asomarse, en cuanto llegaba de la escuela, al gabinete dental, donde terminarían por aceptar su ayuda. Empezó por recibir a los pacientes, anotar sus nombres, lavar y guardar el instrumental. El interés por conocer los secretos de esta profesión la llevaría a leer furtivamente los textos de medicina en francés que guardaba su padre en aquel secreter de encino americano, y también las revistas, como *Dental Cosmos*, que recibía Rafa, su hermano, desde Nueva York. En estas publicaciones, Margarita fue aprendiendo el nombre de cada uno de los huesos que forman el macizo facial, los músculos masticatorios, los tejidos dentales y las venas y arterias que irrigan la cara. Además aprendió gran cantidad de fórmulas para preparar los toques, enjuagues, jarabes y colutorios necesarios para curar toda clase de padecimientos de la boca.

Tuvieron que pasar tres años para que el doctor Chorné accediera a que Margarita se acercara a los pacientes. Ya con anterioridad, ella había demostrado su gran habilidad en el laboratorio dental. Bajo la dirección de don Agustín había aprendido los secretos: lavar, pulverizar y calcinar los yesos que se empleaban en los vaciados para fabricar las prótesis. También conocía, paso a paso, cómo hacer una dentadura completa de caucho rosado. Para trabajar en el laboratorio, ella misma se confeccionaba unos delantales largos de popelina que cubrían completamente su vestido.

Después de varios años de tener contacto cotidiano con la dentistería, Margarita estaba segura de que quería ejercerla para toda la vida. Si había algo que le apasionaba, era la posibilidad mágica de quitar el dolor, el de muelas y dientes, que es sin duda uno de los más intensos y frecuentes. También gozaba al devolverle a una boca la capacidad de sonreír y masticar, por eso se aplicaba cada día más en fabricar, a la medida, esas hermosas dentaduras con piezas dentales de porcelana tan parecidas a las naturales. Pero,

para seguir en este oficio, era necesario contar con el título de cirujano dentista. El trabajo más pesado consistió en convencer a sus familiares, uno por uno, para que aceptaran que ella realizara los trámites para titularse. El primero y más fácil de persuadir fue su hermano Rafael, la labor principió el mismo día en que él se recibió. La más difícil fue doña Paz, a quien le parecía una locura que una de sus hijas se dedicara a una labor propia de varones: “Ningún hombre pedirá en matrimonio a una joven que se pasa horas haciendo placas dentales y que huele a esencia de clavo”.

A sus veintidós años, Margarita era dueña de un carácter decidido y una tenacidad capaz de ayudarla a obtener todo lo que estaba en su mira. Había asistido, por casi dos años, al gabinete dental del doctor Ignacio Chacón, quien avaló que Margarita tenía los conocimientos y la práctica necesaria para solicitar el examen. Como él mismo menciona en el documento que dirigió a las autoridades correspondientes:

Ignacio Chacón cirujano dentista titulado por la Facultad de Medicina de México certifica:

Que la señorita Margarita Chorné y Salazar tiene los conocimientos y práctica suficientes para poder sustentar su examen profesional de dentista, pues por un largo tiempo que ha estado bajo mi dirección, haciendo sus estudios teóricos y prácticos, ha demostrado bastante dedicación y muchos conocimientos científicos.

A su pedimento y para que haga los usos que le convengan expido el presente en México a los diez días del mes de diciembre de mil ochocientos ochenta y cinco.

Ignacio Chacón
Diciembre 11 de 1885.⁴

⁴Ignacio Chacón, *Archivo Histórico de la Facultad de Odontología. Expediente de Margarita Chorné y Salazar*, México, UNAM, 1885.

EL GREMIO MADURA

Los primeros dentistas que ejercieron en México llegaron de Francia y Estados Unidos, durante la tercera década del siglo XIX. En sus países de origen, las artes dentales estaban en pleno auge, y la sociedad mexicana no tardó en aceptar tan necesarios servicios.

Con el fin de regularizar el ejercicio profesional de estos extranjeros, en 1841 se decretó una disposición por la que todo aquel que quisiera dedicarse al oficio dental, tendría que pasar un examen y titularse en la escuela de medicina. En ese mismo año seis dentistas acataron dicha disposición y recibieron su título: Eugenio Crombé, José María Magnin, George Gardiner, Antonio Labully, Francisco Lacoste y Eugenio del Cambré. Cinco de ellos de nacionalidad francesa y uno estadounidense; todos amigos y compañeros de oficio del profesor Agustín Chorné.

Debido a que México no contaba aún con escuela dental, los aspirantes a esta profesión tenían que aprender lo relacionado con el arte dental en el consultorio de algún profesional que contara ya con reconocimiento oficial.

Por trece años, los dentistas que recibieron su título en México fueron sólo extranjeros que habían aprendido la profesión en sus países de origen. Estos inmigrantes pasaron a ser los artífices de la odontología mexicana, pues enseñaron la práctica dental a los primeros dentistas mexicanos con el viejo sistema de preceptorado.

Para 1854 empiezan a titularse jóvenes mexicanos, los dos primeros fueron Mariano Chacón y Benito Acuña.

El 3 de diciembre de 1881 presentó su examen Rafael Chorné, hermano de Margarita; ese mismo año se tituló el preceptor de

Margarita, Ignacio Chacón, hijo del decano de los dentistas mexicanos. El nombre de don Agustín Chorné no aparece en el libro de actas de la escuela de medicina, por lo que pensamos que ejerció sin título, como un buen número de practicantes de esta profesión, autodidactas que, por no reunir los requisitos o por temor a reprobar, nunca solicitaron el examen.

A principios de la década de 1880, la dentistería era una actividad de prestigio en pleno auge. Cerca de un centenar de dentistas ofrecían sus servicios en las ciudades más importantes de la República Mexicana. Guadalajara, Monterrey, Puebla, Mérida, León, Veracruz, Jalapa, San Luis Potosí y Toluca contaban ya con dos o tres gabinetes dentales. Desde luego, la mayor parte de estos profesionistas se establecieron en la ciudad de México.

La creciente demanda de atención dental hizo que el gremio fuera aumentando. En 1864, año en que nació Margarita, había once profesionales registrados ejerciendo en la ciudad de México, para 1886 el número aumentó a cuarenta y tres.

Las personas dedicadas al arte dental acostumbraban anunciarse en los periódicos locales. Estos anuncios se ilustraban con dentaduras totales, bellos sillones importados, o bien, sonrientes jóvenes que mostraban una boca sana. El texto incluía promesas de todo lo que el dentista anunciante podía hacer: extracciones sin dolor, empastes de plata, orificaciones, limpiezas y la restitución de dientes faltantes. Con frecuencia publicaban su lista de honorarios profesionales y mencionaban que su gabinete dental, además de ser el mejor, contaba con los precios más bajos.

A falta de publicaciones nacionales, los dentistas se informaban de los últimos avances de su profesión en revistas extranjeras a las que era sencillo suscribirse. La mayor parte de estas publicaciones llegaba a México de las escuelas dentales de Baltimore, Nueva York, Cincinnati y Filadelfia. Además de los artículos de difusión científica, estas revistas eran vistosos catálogos que anunciaban instrumental, medicamentos y equipos dentales de fabricantes y

distribuidores que surtían pedidos al extranjero. Los libros indispensables para todo aspirante al examen, eran, por supuesto, los textos de los tres primeros años de la carrera de medicina: *Anatomía descriptiva*, de Veau y Bouchard; *Topográfica*, de Trillaux; *Fisiología*, de Kuss y Duval, y *Operaciones*, de Malgaigne. Aquellos que no podían comprarlos los consultaban en la biblioteca de la escuela de medicina y hacían sus propios apuntes. Era obvio para todos que el que manejara con precisión estos libros, no tendría dificultad para responder el examen. Margarita se había aplicado tanto, que se aprendió de memoria los capítulos más importantes que, por cierto, estaban en francés.

Los miembros del gremio dental de los años ochenta no imaginaban que, en una fecha próxima, una mujer recibiría el título de cirujano dentista, y que un siglo después, el número de mujeres tituladas dentistas excedería al de varones.

EL ANSIADO DÍA

Margarita cumplía con creces los requisitos indispensables para solicitar el examen: el aval de un maestro, una carta solicitud de examen dirigida al director de la escuela de medicina, tres cartas de personas de reconocida solvencia moral que certificaran que Margarita era una persona decente y cristiana, y el pago de cien pesos. Por cierto, suma muy elevada si recordamos que por una extracción dental cualquier dentista prestigiado cobraba un peso, misma cantidad que costaba un ciento de pastelillos de El Globo.

Cubiertos todos los requisitos, la junta examinadora seleccionó un jurado, así como el día y la hora en que se llevaría a cabo el examen.

Si Margarita estaba nerviosa el día de su recepción, nadie lo notó. La firmeza de su carácter le ayudó a prepararse con mucha anticipación. Su hermano Rafael, *Rafa*, como ella lo llamaba, se había desvelado varias noches previas al día de la recepción, repasando con ella la anatomía de cara y cuello, los nombres de los tejidos dentales y mil asuntos más de los temas aprendidos en libros franceses y revistas dentales norteamericanas. El quinqué de porcelana rosada del cuarto de Margarita no se apagó en todo el mes antes de las once o doce de la noche, ella sabía que su gran compromiso consistía en demostrar que la mujer está dotada con la misma capacidad de aprendizaje que los varones.

Desde diciembre del año anterior, doña Paz había trabajado en la confección del vestido que usaría Margarita el día de su recepción profesional. La tafeta importada de Francia, así como los volantes de encajes belgas, los había conseguido en El Puerto Mercantil.

Hubo que hacerle también una capa de paño gris, porque las tardes de enero pueden ser muy frías. El sombrero no fue de estreno, doña Paz arregló bastante bien uno de su propiedad, de terciopelo negro y tul, que se le veía muy bien a su hija.

El atuendo completo, que incluía botines negros de El Borceguí perfectamente lustrados, esperaba que dieran las tres de la tarde, hora en que Margarita se vestiría para asistir a su examen profesional. Antes de salir de su casa, doña Paz le preparó una polla de yema de huevo, jerez dulce, azúcar quemada y leche, para que, bien nutrida, la joven pudiera contestar mejor.

A las cuatro de la tarde, Margarita empezó a caminar rumbo a la escuela de medicina. Las calles eran angostas, empedradas y nada limpias: El Rastro de Jesús, Balvanera y Meleros hasta llegar a Palacio Nacional; cruzó el Zócalo y siguió por la calle de Empeadrillo, a un costado de la Catedral, y de ahí unos cuantos pasos más a la esquina de Santo Domingo y La Encarnación, donde está la famosa Casa Chata que por tantos años albergó la escuela de medicina. Antes de entrar, Margarita rezó unos minutos ante la virgen del Pilar de la iglesia de Santo Domingo. Con ella iban su papá y sus hermanos Rafael y Virginia. En la casa aguardarían las dos hermanas pequeñas, quienes, junto con su madre, preparaban un gran pastel y una sencilla merienda.

El paraninfo de la escuela de medicina, con su hermosísima sillería, era el escenario perfecto para el solemne momento. La señorita Chorné impactó desde su llegada, primero por su estatura que casi llegaba al uno ochenta, y después por su voz templada y firme. Además de los doctores Chorné, asistieron al acto un buen número de compañeros de profesión. Los primeros en llegar fueron los doctores Mariano e Ignacio Chacón, padre e hijo, que por cierto atendían su consulta en el mismo edificio que los Chorné. Estuvieron también los doctores Manuel Carmona y Valle, Benito Acuña, Manuel Higareda, Alfonso María Brito, Adolfo Morales, Juan Falero y Rafael Sevilla, los dos últimos, titulados en Filadelfia. Desde

media hora antes gran cantidad de estudiantes de medicina escépticos y curiosos llenaron el recinto. Pocas veces se había visto tanta gente en un examen profesional. La expectación era grande.

El jurado estaba integrado por tres de los más prestigiados maestros de la escuela de medicina: el doctor Rafael Lucio –famoso por haber atendido a Maximiliano de Habsburgo de su afección colítica–. Los doctores Juan María Rodríguez y Luis Ruiz completaron el jurado que tan gentilmente recibió a Margarita. A la hora del interrogatorio, trataron a la aspirante con mayor rigidez que la acostumbrada con los varones, como si quisieran demostrarle a ella y a los asistentes que ése no era el lugar preciso para una dama. Con mucho aplomo, Margarita hizo alarde de buena memoria, y hubo preguntas que respondió en francés y enseguida tradujo al español. Tras una hora de haber empezado a examinarse, la joven pidió un descanso para servirse un poco de agua y secar el sudor de las manos con un pañuelo de lino blanco. El examen terminó unos minutos después, cuando Margarita concluyó la explicación de las técnicas del uso del éter como anestésico de elección en extracciones dentales.

Al final fue ampliamente felicitada por el sorprendido jurado y por los asistentes. El aplauso del público arrancó unas lágrimas de la joven que hasta ese momento había controlado su emoción.

Todos los periódicos de la ciudad, *El Tiempo*, *La Prensa*, *El Paellón Español*, *La Voz de España* y *El Partido Liberal*, entre otros, reseñarían tan importante acontecimiento.

Pero no todo fue felicitaciones. En los días siguientes, algunos columnistas manifestaron en sus artículos periodísticos el temor de que muchas jóvenes se animaran a seguir los pasos de Margarita, poniendo en peligro la estabilidad de los hogares mexicanos, que necesitaban “más mujeres que cuiden sus hogares que damas que incursionen en trabajos masculinos”.⁵

⁵Daniel Cosío Villegas, *op. cit.*, pp. 227-234.

EL CONSULTORIO DE MARGARITA

Después de lo que parecía un acto insólito, su titulación profesional, Margarita siguió ejerciendo en el gabinete de su padre, Agustín Chorné, en el número 24 de la calle de Mesones; años después se cambiarían al 6 de San Agustín. Ya sola, sin su mentor, se instaló en la calle de Regina, posteriormente en la vieja casa de Hernán Cortés de la calle de Seminario 16; de ahí se mudó al 99 de San Jerónimo y, finalmente, a la cerrada de San Miguel. Siempre en el barrio donde nació.

Durante los felices años en que ejerció al lado de su padre y su hermano, los doctores Chorné acostumbraban hacer publicidad a su prestigiado gabinete La Casa Dental Mexicana notificando que ahí se realizaban extracciones de muelas, dientes y raíces sin dolor, mediante anestesia general. También mencionaban las especialidades de la casa: “orificaciones, postura de dientes y dentaduras por los últimos procedimientos”. Por más de dos décadas, el gabinete de los doctores Chorné fue uno de los más famosos y prestigiados de la ciudad, lo que traería aparejada bonanza económica para toda la familia.

El gabinete se abría a las ocho de la mañana para atender, la primera hora, a los “pobres de solemnidad” que esperaban afuera, a veces desde el amanecer. Era costumbre de no pocos dentistas ofrecer una o dos horas de su trabajo a la población menesterosa, y Margarita nunca fue la excepción. Ella gozaba curando a tantos niños con dolor de muela, a tantos pobres desdentados y con enormes abscesos que requerían ser drenados y desinfectados con soluciones de yodo y permanganato.

El gabinete dental cambiaba de casa, pero no de ambiente. El espejo dorado, la vitrina con gran cantidad de frasquitos de olorosas sustancias: alcohol, cloroformo, éter, agua de menta, tintura de benjuí, esencia de rosa, yodo, sulfuro de arsénico, creosota, eugenol y alcanfor. El estante se asemejaba a un enorme alhajero donde guardaban, en pequeños cajoncitos, toda clase de pinzas, espejos y fórceps. Todos estos instrumentos, áureos y relucientes, habían sido mandados a bañar en oro. Margarita, escrupulosa en la limpieza, pensaba que este metal sería el más fácil de mantener aséptico. También se almacenaban en este mueble laminillas de oro, limaduras de plata y los juegos de dientes de porcelana importados, para fabricar las placas totales que tanta fama habían dado a Margarita.

Otro elemento importante del gabinete dental era el elegante sillón de mullido respaldo que se renovaba tapizándolo en cada cambio de domicilio. Y junto, la escupidera impecable a base de lavarla con escobeta y lejía. En la pared, en un marco de madera tallada, el título de Margarita. Dos sillones oliendo a alcanfor y una mesita con *El Imparcial* del día, integraban la sala de espera.

La suavidad de los modales de Margarita propiciaron que tuviera una clientela abundante, formada principalmente de damas y niños. Entre sus pacientes varones se contaban don Francisco I. Madero y toda su familia, conocidos personajes de la política, diplomáticos franceses y los españoles dueños de las tiendas de ultramarinos que abundaban en el barrio.

El gran gusto de la doctora Chorné fue siempre atender a tantos niños pobres que vivían cerca de su consultorio. Sus hábiles manos restauraron cientos de bocas desdentadas habilitándolas de nuevo para comer, hablar y sonreír.

Margarita se las arreglaba para trabajar sola, nunca empleó ayudantes, secretarias o enfermeras, como lo hacía la gran cantidad de dentistas que se titulaban ya en la escuela dental, anexa a la de medicina, que por cierto estaba muy cerca de su casa. Estos modernos odontólogos utilizaban radiografías y novedosos aparatos

eléctricos que importaba, desde Estados Unidos, la Compañía Dental Consolidada de Nueva York, con domicilio en Vergara número 8 esquina con San Francisco, y algunas distribuidoras nuevas de las calles de Gante y Palma. Margarita nunca sintió la necesidad de cambiar su práctica, ¿para qué modernizarse si sus tratamientos resultaban exitosos? Ella siguió ejerciendo hasta los sesenta años, con precisión y gran destreza, la dentistería aprendida de su padre. Tampoco asistió a aquellos grupos de estudio de profesionales, tan cerrados, que se reunían una noche a la semana. Nunca lo solicitó; seguramente no la hubieran recibido por ser mujer.

La doctora Chorné tenía dominio de la farmacología necesaria en su profesión. Ella misma preparaba sus medicamentos con base en la libretita que conservó hasta su muerte, donde tenía anotados todos los remedios que su padre y hermano utilizaban: ácido bórico, clorato de potasa, polvo de guayacán, carbonato de magnesio y esencia de rosas o menta, para preparar dentífricos de muy buena calidad; biborato sódico, tintura de benjuí, agua destilada y jarabe simple para la estomatitis aftosa; clorato potásico, agua destilada y glicerina, para los mismos casos, pero en estado grave; gargarismos de quina roja y agua destilada para las estomatitis diftéricas; y para lavar abscesos, nada mejor que una solución de cloruro de zinc, alcohol, esencia de canela de China y agua filtrada. La anestesia local empleada por Margarita fue, casi siempre, solución de cocaína, que preparaba ella misma con la vieja fórmula de: 20 gramos de agua destilada, 0.20 gramos de clorhidrato de cocaína y 0.01 gramos de ácido salicílico. De todos estos medicamentos, la doctora Chorné se surtía en la farmacia El Elefante, a donde acudía una vez a la semana.

Su sobrino nieto Antonio Villagra Chorné recuerda la extracción que con tanta habilidad le hiciera su tía Margarita:

Entonces tendría yo cerca de diez años y había pasado la noche con un terrible dolor de muela. Era en 1920 y como mi abuelo Rafael

ya había fallecido, mi hermano mayor me llevó con mi tía Margarita. Fuimos a caballo, pasamos por lo que ahora es el monumento a la Revolución, que entonces era un armazón de lo que iba a ser el palacio Legislativo, la calle era empedrada. Llegamos a Regina, el consultorio estaba en altos, amarramos muy bien el caballo y subimos una escalera muy empinada, tuvimos que pasar por las puertas de otras viviendas. Al fondo estaba el consultorio de mi tía, tuvimos que esperar a que saliera otro paciente, me parece que era un niño, como de mi edad, acompañado de sus padres. Yo no recuerdo haber tenido miedo, me sentía tranquilo porque ya conocía a mi tía y ella me inspiraba mucha confianza. Cuando nos pasó, se estaba lavando las manos en un aguamanil de porcelana blanca que tenía en una esquina. Me hizo una seña para que me sentara en el sillón y vistiendo una impecable bata blanca se acercó a mí preguntándome cuál muela me dolía. Después de revisarme, me explicó que me la tenía que sacar. Ella trabajaba sola, nadie la ayudaba, y no usó inyección. Me colocó junto a la pieza adolorida, un algodón impregnado en, lo que después supe, era clorhidrato de cocaína. Minutos después, con mucha habilidad y una pinza, me sacó la muela. No recuerdo que me haya dolido nada. Al final me colocó, en el sitio de la extracción, un pedazo de algodón embebido en alguna sustancia. Después, por la puerta del fondo, entré a la casa en donde estaba mi primo Baltasar haciendo su tarea.⁶

⁶ Antonio Villagra Chorné, entrevista con la autora, agosto-septiembre de 1997, México, D.F.

EXTRACCIONES
*de. Huéltos Dientes y
Raíces sin dolor no con-
placando el Proceso de
Anestesia en el (Cloriformo)
Farmacia General (Méx)*



ESPECIALIDAD
*En Orificaciones.
Lectura de Dientes
y Dentaduras por los úl-
timos procedimientos. u.s.*

La Casa Dental Mexicana
*Tiene el honor de ofrecer a Ud. sus servicios. Propiedad
México, Calle 2^a de Mesones n. 24 (Avenida Oriente No. 138)*

← **Dr. Agustín Chorné e hijos** →

Horas de recibir
De ... a ...
De ... a ...
Consultas gratuitas

Consultas gratis

Dr. Rafael  **F. Chorné**
Dentista de la **Facultad de México.**

DENTADURAS FINAS Y BIEN AGADAS.

Incrustaciones perfectas. Piezas de puentes a los últimos estilos.

Orificaciones. Extracciones por eterización.

4a. de Tacuba No. 44. MEXICO, D. F.

Teléfono Ericsson 6075. Teléfono Mexicana 7438 Negro.

Anuncio del doctor Rafael Chorné.

AMORES Y DESAMORES

Primero su titulación y después el ejercicio profesional, además de sus aficiones musicales, llenaban de tal manera la vida de Margarita que, para gran preocupación de sus padres, no había demostrado mayor interés por formar su propia familia. Los varones que frecuentaban los lugares a los que asistía la familia Chorné sentían cierto temor de acercarse sentimentalmente a una mujer independiente. No era cómodo para la mayoría de los galanes de aquella época pensar en desposar a una joven autosuficiente y poco interesada en las labores del hogar. Cecilia, su hermana, fue la primera en contraer matrimonio; se casó a los diecisiete años con un caballero de apellido Belle Cisneros, por cierto, treinta años mayor que ella. Virginia y María también se habían casado muy jovencitas. *Rafa*, después de un largo noviazgo con Velina García, había formado su familia: los pequeños Velina y Francisco fueron los sobrinos más queridos de Margarita.

Un buen día Margarita conoció a Alfonso Trillanes y, como toda joven, vivió una historia de amor. Alfonso fue su primer novio, al que recordaría hasta el día de su muerte y al que se refirió siempre como “su único y gran amor”.

Coincidentemente, la única vez que aceptó ir a la tertulia musical de la casa de las Vera conoció a Alfonso. Era el hombre ideal para Margarita: no se intimidaba con las inquietudes de su futura novia; sabía de música, de literatura, de filosofía y de medicina, era varios centímetros más alto que la doctora y tenía, como ella, los ojos verdes. Un sábado se organizó un grupo en el que iba *Rafa*, Velina su esposa y las hermanas de ella, a la hacienda de La Casta-

ñeda, donde había música, baile y tamalada. Ahí le pidió Alfonso matrimonio y le prometió que nunca la retiraría de su profesión, con tal de que instalara el gabinete dental en su hogar. Margarita se sintió profundamente amada y comprendida. Por varios años, Alfonso la visitó en su casa después de las seis de la tarde, hora en que Margarita terminaba sus labores, y se retiraba antes de las nueve de la noche, según las reglas de su casa. Con él asistía, después de la misa del domingo, al café de La Concordia, en la esquina de San José el Real y Plateros, a tomar chocolate y pastelillos. También a las fiestas y kermeses en El Tívoli del Eliseo, en las que se celebraban todas las fiestas nacionales, así como las de La Covadonga y el 14 de julio. Estas tertulias eran muy alegres. A las tres empezaba a tocar la banda del Estado Mayor o la orquesta Vega y se iniciaba el baile. Alfonso la tomaba entre sus brazos, siempre a distancia prudente para no dar de qué hablar a las amistades. Con Alfonso compartió la inolvidable emoción de ver elevarse a Joaquín de la Cantolla en su globo *Vulcano*. Alfonso le recitaba los poemas de Manuel Gutiérrez Nájera, como aquel que ella aprisionó para siempre en su memoria:

¿De qué país color de rosa vienes?
¿En dónde, ¡oh diosa!, levantaste el vuelo?
Algo de Olimpo en la belleza tienes,
y en tu excelsa virtud mucho de cielo.
En vano intenta retratarte el hombre;
si quieres tu belleza ver descrita,
abre el “Fausto” inmortal, y pon tu nombre
en donde Goethe puso Margarita.⁷

Los años de su noviazgo con Alfonso serían los más felices de su vida. Durante una de las citas vespertinas, Alfonso le informó que se marchaba a San Francisco, California, donde vivía parte de su

⁷ Manuel Gutiérrez Nájera, “El duque Job”, “A Isabel”, en *Sus mejores pasos. Antología*, México, El libro español, p. 225.

familia, con el objeto de probar fortuna. Pidió que lo esperara y prometió escribir muy seguido. La fecha precisa de la partida de Alfonso se borraría de la memoria de Margarita, ¿sería en 1892, 93, o quizá 94?

Por una temporada, a Margarita le bastaba con recibir las cartas de su amado, mismas que ella contestaba inmediatamente. Pero dos o tres años después el correo se interrumpió y ella no volvió a saber nada del ausente.

Los años iban pasando y Alfonso no regresaba. Todos los hermanos de Margarita habían formado sus propias familias. Lo mismo había pasado con las antiguas compañeras de escuela y amigas de la doctora, a las que ya no frecuentaba.

Estos años, esperando noticias de Alfonso, habían dejado su huella en Margarita, quien se volcó de lleno en su profesión. Ya no asistía a los conciertos ni a la ópera, sólo se desahogaba en el piano, su eterno compañero. Su apariencia había cambiado, se transformó en una dama de aspecto austero y carácter serio. Le dio por comer toda clase de postres; su lugar favorito era la dulcería Celaya de la calle que estrenaba el nombre de 5 de Mayo. Hasta ahí caminaba para traer los paquetes de jamoncillos de pepita, limones rellenos de coco y natillas de leche. Aquel talle esbelto, acentuado por el corsé, empezó a engrosar, y sus recogidos cabellos dejaron atrás su negrura.

Margarita acostumbraba salir a caminar cuando terminaba su jornada de trabajo, esto le ayudaba a despejar su mente y a recordar tiempos mejores. Durante una de esas caminatas llegó hasta donde estaba el Teatro Nacional. Fue horrible la escena que contempló: el hermoso edificio estaba en plena demolición, en su lugar se construiría el Palacio de Bellas Artes, que el presidente Díaz inauguraría durante las fiestas del Centenario de la Independencia. Una parte muy importante de su vida estaba siendo destruida por la piqueta. El polvo inundaba todo el ambiente. Margarita no pudo controlarse y lloró ante las ruinas del lugar donde tanto había

gozado. Nunca supo si estas lágrimas eran por el teatro o por el recuerdo de Alfonso, a quien jamás volvería a ver.

Nunca dijo en dónde conoció al licenciado Antonio Dromundo, soltero, unos años menor que ella; mencionó muy poco acerca de su rápido noviazgo. Una mañana de mayo de 1905, durante el desayuno, Margarita sorprendió a la familia con la noticia de su boda. Esa misma noche llegaría de visita el novio en compañía de su madre, doña Refugio Martínez viuda de Dromundo, a pedir la mano de la doctora. El solo anuncio de la boda de una dama de cuarenta años les pareció a padres y hermanos, que ya se habían acostumbrado a la soltería de Margarita, en extremo descabellada. Pero Margarita no oyó consejos y sólo se limitó a informar el lugar y fecha de la ceremonia. Como casi siempre, la doctora Chorné rompió las reglas establecidas y se casó a la edad en que todas las solteras se sentían ya resignadas a su suerte.

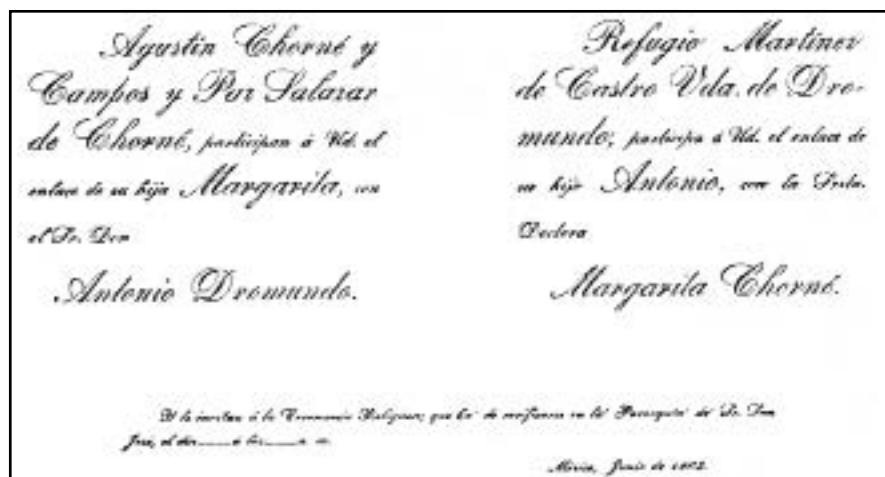
En dos días se entregaron las invitaciones mandadas a hacer en la imprenta El Escritorio, en el número 15 de la calle de Coliseo Viejo. La boda fue en la parroquia de San José, muy cerca del mercado de San Juan. La familia Chorné hizo lo posible por ocultar su desagrado y, en una ceremonia sin la relevancia de las bodas familiares, don Agustín entregó a un señor casi desconocido a la más querida de sus hijas. La relación familiar de Margarita se vio seriamente deteriorada. Aunque estableció su nuevo hogar con su gabinete dental muy cerca de la casa paterna, se sentía muy lejana... Extrañaba los guisos de su madre, la plática de sobremesa, su viejo piano, pero, sobre todo, la convivencia con don Agustín durante las horas de trabajo. No fue fácil prescindir de sus comentarios divertidos y elogiosos cuando ella le mostraba orgullosa una placa total recién terminada. En lo futuro cada uno de los Chorné atendería su propio consultorio, pues Rafael, desde su boda, se había instalado por cuenta propia en la calle de Tacuba.

Contra todo pronóstico, Margarita tuvo la inmensa alegría de quedar encinta a los pocos meses de casada. Pero su matrimonio

fue tan fugaz como el noviazgo. Margarita decidió separarse de su marido al comprobar que éste no había dejado una antigua relación amorosa con una mujer a la que le tenía casa puesta. Profundamente herida en su amor propio, a Margarita no le importó afrontar la maternidad sola. Diría que ella no era ni la primera ni la última mujer que educaría a su hijo sin la presencia de un padre.

Fueron inútiles los ruegos de papá Agustín, que le aconsejaba seguir adelante en su matrimonio: “Hazlo por tu hijo, siquiera hasta que crezca, a lo mejor tu marido con el tiempo se enmienda”. “Por Dios, hijita, reflexiona, una madre sola nunca es bien vista ni respetada”, le suplicaba doña Paz. La separación perjudicó más la relación de Margarita con sus padres y hermanos; en la familia no había antecedentes de algún divorcio. Después de consultarlo con su confesor, la doctora empacó las pertenencias de Antonio Drumundo y, apoyada por su gran orgullo, las colocó en la puerta. Entre sus planes nunca había estado el sujetarse a un marido infiel.

Tampoco estaba tan sola, Martina, la joven indígena de Puebla que le ayudaba en los quehaceres domésticos, le prometió cuidar al pequeño mientras ella atendía el consultorio.



Participación de la boda.

UN REGALO DE REYES

Margarita esperó el nacimiento de su hijo como el acontecimiento más importante de su vida. Una vez más hizo oídos sordos a los mil comentarios de familiares y amigos que de una u otra manera se referían a lo peligroso que era dar a luz en “edad tan avanzada”. La fe religiosa de Margarita la hizo confiar en que Dios le mandaría un niño sano, y así fue. Tuvo muchos meses para prepararle al pequeño todo lo necesario: un moisés de mimbre forrado de tira bordada suiza, cuatro docenas de pañales de ojo de pájaro con la orilla tejida a gancho, los correspondientes de manta de cielo, camisitas de algodón muy fino que ella amorosamente bordó en punto de sombra con hilo azul de seda, chambritas de colores pastel y toda una colección de mantas que cubrirían al pequeño del frío. Todo estaba listo, la recámara pintada de azul, la ropita, la amorosa madre y la nana Martina.

De hecho, Margarita atendió su consultorio hasta finales de noviembre. Su elevada estatura y lo holgado de sus blanquísimas batas habían disimulado su embarazo, a grado tal que muy pocos de sus pacientes sospecharon cuál era la verdadera causa de sus anunciadas vacaciones de dos meses. El último trabajo que la doctora terminó, fue la placa dental de don Nemesio, el dueño de la tienda de ultramarinos de la esquina de su casa. Todo diciembre Martina y Margarita lo dedicaron a los preparativos del nacimiento.

Desde la madrugada del día 5 de enero de 1906, ella comenzó con las molestias propias del parto y, como se estilaba entonces, una dama especializada en esos menesteres llegó a la casa cuando

se hizo inminente el nacimiento del bebé. Antes del mediodía del día 6, vino al mundo el niño que sería bautizado con el nombre de uno de los tres Reyes Magos, Baltasar. Atendiendo a las súplicas de doña Paz, Margarita accedió a que el parto fuera en el hogar paterno.

Balta, como lo llamaba ella, era una criatura rolliza de pestañas negras y rizadas, herencia de su padre, y blanquísima piel, como la de su madre. En el futuro, el pequeño llenaría plenamente la vida de Margarita. Si bien Antonio Dromundo visitaba a su hijo, para la madre no existiría más su marido, del que nunca se divorció.

Después del nacimiento de Baltasar, las relaciones familiares mejoraron y Margarita regresó, obligada por las circunstancias, a vivir con sus padres.

Las noticias de los terribles estragos que causó el terremoto de San Francisco, el 18 de abril de 1906, trajeron pensamientos nostálgicos a la doctora, que no olvidaba a Alfonso. ¿Y si había muerto en aquella catástrofe? Sin embargo, la maternidad había cambiado su vida afectiva. Su corazón no albergaría a ningún hombre que no fuera el pequeño Baltasar y, por supuesto, a su familia.

Baltasar crecía rodeado de la ternura de su madre y abuelos. También gozaba las visitas paternas, sobre todo cuando Antonio pasaba por él para llevarlo a montar en su caballo alazán de nombre *Consentido*. El último recuerdo que guardó Baltasar de su padre fue un jueves del año 1914, cuando después de un paseo lo vio alejarse a caballo por la Plazuela de Regina. Al día siguiente, Antonio Dromundo partiría a la Revolución contra Huerta, lucha en la que perdió la vida.



Medalla y reconocimiento otorgados por el gobierno francés a Margarita Chorné y Salazar.

EL RECONOCIMIENTO

Una mañana de 1908, el correo trajo para Margarita una excelente noticia, algo que la llenaría de alegría. En fecha próxima, en la embajada de Francia, se le entregaría un reconocimiento por ser la primera mujer titulada de una profesión independiente en Latinoamérica. Margarita leyó y releyó varias veces la nota, antes de correr a enseñársela a su hermano Rafael. La noticia era increíble. Había que ponerse en contacto con el personal de la embajada para fijar el día y la hora de la ceremonia.

La entrega de la medalla fue en una sencilla reunión en la embajada de Francia. Fue el propio representante diplomático, excellentísimo señor Paul Lefaivre, quien entregó a Margarita el diploma y la medalla. En su discurso, el señor Lefaivre expresó que Francia, por ser el centro del movimiento científico moderno, deseaba galardonar a la primera mujer que se había atrevido a incursionar en una profesión ejercida exclusivamente por varones, abriendo así la puerta a la población femenina con inquietudes científicas.

Cincuenta años después de este brillante acontecimiento, el hijo de la doctora escribiría en *Mi barrio de San Miguel*:

Era venerado orgullo de la casa el Diploma del Mérito, los emblemáticos colores de su banda que hoy encuentro lastimados por el tiempo, y la comunicación firmada en Toulouse sobre el diploma de honor.

¡Con qué profunda emoción recordaba ella esos dos acontecimientos: la insuperable tarde de su examen profesional que rompió con la tradición puramente varonil de los estudios superiores en México, y el día en que recibió la honrosa distinción de Francia! De

aquel listón de seda que ostentaba los colores dedicados al talento y al saber, pendía una corona rematada por una diminuta esfera donde se alzaba una cruz pequeñísima, y abajo de la corona, semejando una ojiva, se trenzaban delicadas guirnaldas con piedrecillas verdes que a su vez encerraban y destacaban una cruz, cada uno de sus brazos formados por ángulos de piedras rojas, y al centro de la cruz un círculo que sobre campo morado lucía, en miniatura, el escudo del Instituto dedicado a la literatura, la filantropía y la ciencia...⁸

⁸Baltasar Dromundo, *Mi barrio de San Miguel*, México, Antigua Librería Robredo, 1951, pp. 37-42.

LOS AÑOS DIFÍCILES

Cuando Margarita regresó al hogar paterno, recién nacido su hijo, la familia vivía en el entresuelo del número 2 de la calle de Tiburcio, que después se llamó San Agustín, hasta quedar en Uruguay. Años después, se cambiaron a una vivienda más modesta, en Bolívar número 100, donde había sido el convento de Jerónimas. Todavía en la entrada de la carpintería que estaba en la planta baja podía leerse, en una placa, que allí había vivido Sor Juana Inés de la Cruz.

Inquieto como todos los niños de su edad, el pequeño Baltasar recorría las piezas de su casa sobre un silencioso velocípedo de ruedas engomadas, ausente de los problemas que vivía la nación. La caída del régimen repercutió en todos los ámbitos y, por supuesto, uno de los más castigados fue la economía. La clientela de los doctores Chorné bajó y los escasos pacientes sólo llegaban a quejarse de la difícil situación económica. Otro gran problema que debían sortear, era la incontenible alza de los costos del instrumental y los materiales dentales. Rafael Chorné había puesto, desde su matrimonio, su propio consultorio, y la disminución de los pacientes le había obligado a contratar un bello anuncio en el periódico político *El Mañana* (editado por un paciente suyo, don Jesús Rábago). El doctor Agustín ya no ejercía, su avanzada edad y una incipiente artritis lo habían retirado del consultorio, del que Margarita quedó entonces al frente.

El personal doméstico de la casa –numeroso en años anteriores– se redujo a la nana Martina. Baltasar crecía con el afecto de su madre y sus abuelos. Escuchaba con mucho interés los relatos

de don Agustín, que le contaba orgulloso que sus hermanos mayores, Joaquín y José, habían combatido al lado del general Díaz en la batalla de la Carbonera, y mil relatos más sobre los episodios históricos que le había tocado vivir. El pequeño gozaba también de las delicias que preparaba su abuela Paz en la cocina.

Era raro, admitía Margarita, que después de la gran devoción que había tenido por el presidente Díaz, sintiera ahora tanta simpatía por Francisco I. Madero. A tal grado, que el día de su entrada triunfal a la capital, ella misma vistió a Baltasar de soldado y juntos le hicieron valla. El niño aprendió de memoria unas palabras de felicitación que le escribió su madre y, al pasar don Francisco, las pronunció bien fuerte. Ése sería el primer paso del futuro gran orador. El mensaje del niño no pasó inadvertido para el próximo presidente, quien sonriendo lo alzó en brazos.

Esta inolvidable ocasión sería el último momento grato que tendrían por muchos años los Chorné. En la Nochebuena de 1913, doña Paz falleció tras una larga serie de padecimientos. Apenas dos años después, murió —de una enfermedad cardíaca— el doctor Rafael Chorné, el entrañable hermano a quien tanto había querido Margarita.

Como si estas desgracias fueran pocas para la familia, meses después Baltasar amaneció muy enfermo. Los síntomas apuntaban a la influenza española, enfermedad que muchas personas habían padecido en aquel invierno. Margarita atendió al pequeño, procuró que guardara reposo y le frotó alcohol alcanforado para bajar la fiebre. Dos días después, los síntomas empeoraron, el chico empezó con diarrea y malestar en todo el cuerpo. La atribulada madre hizo venir al médico de cabecera, quien recomendó dieta y constantes infusiones de hierbabuena y manzanilla. Pero Baltasar no daba muestras de mejoría. Cuatro o cinco días después, la enfermedad se mostró en toda su gravedad; el niño amaneció sin poder mover la pierna derecha, como si fuera de trapo. Así empezó Margarita su peregrinar por los consultorios de los médicos más

prestigiados de México. El diagnóstico no era fácil, las opiniones se iban sumando: erisipela maligna, fiebre reumática, coxalgia, y algunos nombres más que poco le decían a la madre.

Pasaron varios dolorosos meses antes de que la enfermedad de Baltasar se detuviera. Margarita pasaba horas junto al chico animándolo con palabras cariñosas, leyéndole pasajes de la vida de Jesucristo y repasando las lecciones escolares. Los cuartitos de la reciente y milagrosa aspirina le mitigaban el dolor de la piernita inmóvil. Por la casa de la familia Chorné habían desfilado todos los médicos conocidos y por conocer, hasta que un buen día Baltasar mejoró, pero su pierna derecha no recuperó totalmente la movilidad y perdió la posibilidad de crecer. En estos meses, Margarita había descuidado el consultorio, y sus decrecientes recursos económicos se agotaron totalmente.

Cuando el dinero se acabó, hubo que vender algunos muebles. El secreter victoriano de nogal y el tocador con la luna que había reflejado la figura de Margarita desde niña, los compró un anticuario que pagaba poco, pero al contado. El reloj *art nouveau* bañado en oro, que por tantas décadas adornó la chimenea de los Chorné, se lo llevó un médico amigo de la familia. Las alhajas, algunas herencia de la abuela paterna, tardaron un poco más en ser rematadas.

Finalmente, la doctora se vería en el penoso caso de tener que vender parte de su instrumental.

Poco después, en la más dura pobreza, la familia se cambió a una vivienda pequeña, en el 113 de San Jerónimo. Ahí moriría don Agustín; su partida sería un nuevo golpe para Margarita.

De esta forma, en unos cuantos años, habían fallecido sus padres, su marido y hasta su hermano, que, de haber vivido, mucho la hubiera ayudado en el penoso trance de la enfermedad de su hijo Baltasar. Desde la muerte de doña Paz, Margarita no tuvo tiempo de quitarse el luto.

Apenas repuesto su hijo, Margarita trabajó incansable en su consultorio para pagar los tratamientos de Baltasar y recuperar en

lo posible el patrimonio perdido. Resultaba, por otro lado, un alivio ejercer su profesión a sólo una puerta de distancia de su casa, donde el chico estudiaba sus lecciones escolares.

Cuando la enfermedad fue controlada, Margarita no tenía un sólo cabello oscuro en su impecable chongo. Baltasar había recibido toda clase de tratamientos médicos, incluyendo masajes con un moderno aparato eléctrico que Margarita encargó a una clínica de Estados Unidos.

Baltasar era un adolescente muy esforzado, siguiendo el ejemplo de su madre, y su problema físico nunca sería un obstáculo para que obtuviera las mejores notas de la escuela e incluso ejerciera su vocación de líder estudiantil.

Margarita teñía sus blancos cabellos con un tinte que ella misma preparaba. Calcinaba un hueso de mamey y después lo molía hasta reducirlo a un fino polvo negro al que añadía unas gotas de alcohol y una porción de aceite de almendras dulces. Ella pensaba que a sus pacientes no les agradaría ser atendidos por una vieja, y seguramente buscarían otro dentista más joven. Así es que había que seguir trabajando para que Baltasar pudiera terminar sus estudios en la Preparatoria 1 y después entrar, como era su ilusión, a la escuela de jurisprudencia.

EL RETIRO

María Luisa Denison, que más tarde sería la gran amiga de Margarita, había llegado a la casa invitada por Baltasar. La chica, menudita y de carácter alegre, fue cortejada por el joven cuando empezaba los estudios de abogado, y ella terminaba su carrera de maestra. La relación no prosperó, pero María Luisa y la doctora iniciarían una larga amistad.

Baltasar estrenaba novia muy seguido; en esa época buscó incluso independizarse de su madre. Alquiló un cuarto en una residencia de estudiantes y consiguió un empleo. Para compensar esta ausencia, Margarita invitó a María Luisa a dejar la pensión de estudiantes de provincia, y se la llevó a vivir al espacio antes ocupado por Baltasar. De esta forma la doctora Chorné tendría con quien escuchar música y comentar sus lecturas, y María Luisa, quien le brindara cuidados maternos y leyera sus poemas. La nana Martina siguió en la casa, preparando los antojos que le gustaban a Baltasar, para cuando llegara de visita.

Recién egresado de la escuela de Leyes, el licenciado Baltasar Dromundo comenzó una exitosa carrera como escritor. Su aguda crítica y su gran facilidad de expresión verbal le valieron la publicación de sus artículos en algunos periódicos importantes. Posteriormente escribió varios libros de poemas: *Negra Caiyou* y *13 Romances*. Ensayos de corte político: *Los oradores de México*, *A quince años de Emiliano Zapata*, *Elogio de la lealtad*, *Tomás Garrido*, *Un hombre*, *Los oradores del 29* y *Mi barrio de San Miguel*, donde retrata con elocuencia las calles, casas, edificios y personajes que poblaron su infancia y juventud.

En su madurez, como en el resto de su vida, Margarita fue una dama con mucho vigor. Pero el México de ese momento mostraba grandes diferencias con aquél de finales de siglo, en el que ella había empezado a ejercer su profesión. Además, cada año egresaban de la facultad odontológica varias docenas de dentistas y hacían el gremio cada vez más competido. Por supuesto que había en el ejercicio dental un buen número de dentistas del sexo femenino. Margarita tenía presentes los nombres de algunas de ellas: en la última década del siglo XIX se titularon Cleotilde Leonilda Castañeda y Mónica Correa. En las primeras generaciones del Consultorio Nacional de Enseñanza Dental, egresaron Clara Rosas, María Luisa Rojo, Angélica Avilés y, en 1912, Anita Leal. Posteriormente, cada generación de graduados contaría con más mujeres entusiastas y bien preparadas. Margarita sentía un gran orgullo del avance de su profesión, particularmente del buen papel que hacían sus colegas.

Sin duda, era tiempo ya de retirarse. Su hijo, que con esfuerzo había conseguido ya una posición económica desahogada, se lo suplicaba. Varios años tardó Baltasar en convencerla de que aceptara su retiro.

Para Margarita fue doloroso quitar el consultorio. Cada objeto que guardaba o regalaba podría contar su historia. María Luisa Denison la ayudó con esta dura tarea, y Baltasar, con sentido del humor, atenuó estos momentos. El bello estante de encino americano que había soportado tantos cambios, estaba semidesbaratado. “Agradécele su ayuda a las polillas, a cambio de ese vejestorio te compré un sofá-cama en El Pullman Elegante”, le dijo Baltasar el día que cargó con el mueble el camión de la basura. Frascos y botellitas, algunos con medicamentos ya caducos, tuvieron el mismo fin del estante.

La doctora colocó en una bolsa de paño gris un juego de seis fórceps y se los heredó a un joven dentista que estaba instalándose muy cerca. María Luisa los llevó con una tarjetita anónima cuyo

mensaje decía: “Es lo único útil que quedó de mi consultorio, buena suerte, doctor”.

Lo último que desapareció fue el cansado sillón dental; se lo llevó un ropavejero a cambio de una docena de platitos de porcelana china. Por mucho tiempo Baltasar bromeaba pidiéndole a Margarita: “Madre, sírveme un poco de arroz con leche en lo que quedó de tu sillón dental”. A lo que ella contestaba tratando de parecer seria: “Pues qué querías que me dieran si los resortes se le asomaban por todos lados, ya no servía ni para sillón de peluquero de pueblo”.

En una gran caja de marquetería con aroma a caoba guardó sus tesoros de dos siglos: el título profesional, los papeles de la Facultad de Medicina, el diploma y la condecoración llegados de Francia, además de documentos de su padre y muchas fotografías de la familia. Había también un sobre amarillo con el acta de nacimiento de Baltasar y varios poemas que escribió de pequeño. Lo siguiente fue mudarse a otro rumbo de la ciudad, para empezar una nueva etapa de su vida, ya con el equipaje más ligero.

El cambio fue a una casa amplia y llena de luz en el barrio de Santa Julia. El lugar era tranquilo y pronto ambas se acostumbrarían a su nuevo entorno. Margarita, ya en su retiro, no acostumbra salir mucho. En casa tenía lo necesario para pasarla bien: el piano, un tocadiscos —regalo de su hijo—, un altero de partituras y discos de su música favorita, libros, muchos libros, un corredor con macetas y canarios, y sus recuerdos. María Luisa salía en las mañanas a dar clases y volvía para reunirse con Margarita en las tardes. Baltasar las visitaba casi a diario; para él era indispensable comentar con su madre los asuntos de trabajo, sus logros académicos y en general todas sus inquietudes.

Otras visitas muy apreciadas por Margarita eran las de los hijos y nietos de su hermano. Para los adultos tenía siempre rompoppe y anís, mientras que a los niños les ofrecía pastelitos de El Globo y chocolates, cortesía de la tía María Luisa. El tema obligado eran

las anécdotas vividas con *Rafa*: el día de campo en que ambos cayeron de un árbol de tejocotes por no soltar un costal lleno de fruta y, cuando ya mayores, cabalgaron juntos hasta la ciudad de Taxco. Se podía pasar horas hablando de su hermano, reía al recordar su tímido bigote, que ocasionó un regaño de doña Paz, pensando que eran huellas de la taza de chocolate. Lo que nunca le gustó platicarles con detalle era la muerte del doctor a tan temprana edad. Apenas pasaba los cincuenta años, pero su corazón le falló... aquí terminaba el relato, con un tembloroso pañuelo secando sus lágrimas. Pero afortunadamente la mayor parte de estas visitas se conformaban de momentos alegres: festejó mucho el que Rafaelito, el nieto mayor de su hermano, se dedicara a la joyería, igual que los primeros Chorné. Y que Toño Villagra, el hijo de Velina, después de completar sus estudios, tuviera una farmacia tan acreditada con el nombre de su imagen más venerada: Sagrado Corazón.

Once años transcurrieron de este modo. La vida profesional de la doctora había quedado atrás y había llegado a una tranquila etapa. Baltasar, por fin tuvo un noviazgo que pasó de ser un breve episodio. La señorita Rosa Rodríguez fue la única joven capaz de entusiasmarlo para llevarla al altar. Al casarse con ella, Baltasar decidió invitar a su madre a vivir con ellos, y Margarita en verdad llegó a querer a Rosa como a una hija.

Casi al mismo tiempo, María Luisa se casó también, y aunque ya no compartieron el mismo techo, nunca dejarían de frecuentarse.

La familia Dromundo vivió varios años en una casita de las calles de Quintana Roo, en la colonia Roma. Ahí llegó un nuevo miembro, una niña que fue bautizada con el nombre de la doctora. A Mar, como la llamó siempre su abuela, le contaba cuentos, transformando los argumentos de sus óperas favoritas en relatos infantiles. Años después, nacería otra hija del matrimonio Dromundo-Rodríguez a la que llamaron Maravilla. Margarita gozó enormemente atender y ver crecer a las pequeñas.

Margarita Dromundo Rodríguez recuerda a su abuela con sus blanquísimos cabellos recogidos en un chongo, la verde y melancólica mirada y las eternas faldas negras que casi rozaban el suelo. Rosita, su nuera, la convenció de que usara ropa menos austera, y ella misma le confeccionó blusas en tonos claros y vestidos de colores menos severos que el negro. Fue imposible que aceptara acortar un poco sus faldas. A Margarita le parecían escandalosos “esos vestidos tan cortos que no cubren las rodillas”. Tampoco le gustaba el maquillaje excesivo y, al respecto, les comentaba a sus nietas que las jóvenes de su época no necesitaban de tantos artificios para ser bonitas: “Yo siempre usé agua, jabón y una pasadita de polvo de arroz, además de mi perfume con aroma de violetas. Nunca tuve necesidad de pintarme los ojos, ni embadurnarme la cara”.

Tomó parte activa en la preparación de las bodas de sus nietas. A cada una, en su oportunidad, le regaló en un paquetito muy bien envuelto, parte de sus tesoros familiares: un misal, pulseras y arracadas de oro fabricadas por su abuelo, un juego de carpetas de encaje salidas del gancho de doña Paz, y sus muñecas de rostro de porcelana.

Los últimos años de Margarita fueron muy serenos; los pasó siempre en casa de su hijo recibiendo y prodigándole muestras de su gran amor. Le gustaba, como siempre, conversar con los amigos de Baltasar que tan frecuentemente visitaban la casa nueva de Tecamachalco: Andrés Henestrosa, José María de los Reyes, Carlos Román Celis, Darío Vasconcelos, Olga y Rufino Tamayo, entre otros.

El día de Reyes de 1959 –cumpleaños de Baltasar– sorprendió a la familia cuando, a sus noventa y cinco años, se dirigió al piano, quitó con firmeza la cubierta de paño verde, se sentó en el banco y tocó varias melodías, como en los viejos tiempos. Para terminar interpretó *Farolito* de Agustín Lara.

A partir de este año empezó a perder la vista y el oído, sin embargo seguía leyendo periódicos, revistas y libros para comentarlos con su hijo, sus nietas y su querida amiga María Luisa.

Hasta sus últimos días se mostró enteradísima de política internacional y, por supuesto, del acontecer en el país. Su conversación siguió siendo sólida y fluida, y su memoria, excepcional.

En ocasiones les mencionaba a Margarita y a Maravilla, sus nietas, que ya estaba cansada de vivir, pero cuando su salud mostraba algún quebranto, de nuevo se aferraba a la vida.

A los noventa y siete años comentó a sus nietas: “¿Cómo no voy a estar cansada, si nací con el Imperio de Maximiliano, fui adolescente con don Porfirio, muy jovencita vi llegar la luz eléctrica, cambié de siglo cuando ya trabajaba de dentista, vestí de soldado a Baltasar mi hijo para que recibiera a Madero? Ya con mi chongo canoso, le puse dentadura a varios generales revolucionarios de Obregón y Carranza; oí decir a mi hijo los discursos de la autonomía universitaria; regalé mi juego de turquesas para la expropiación petrolera. ¿Cómo no voy a estar cansada, chiquitas, si he vivido un siglo de historia en México, la Revolución y dos guerras mundiales?”

El 22 de febrero de 1962 celebró, muy animada, su cumpleaños número noventa y ocho, comiendo en la casa de su nieta Maravilla. Los días siguientes comenzó a perder apetito y se deshidrató. Su hijo, preocupado, llamó al doctor Guillermo Guevara, quien previno a la familia del inminente desenlace.

El 19 de marzo –día de san José– la visitó su confesor. Margarita, con su cuerpo muy débil ya, pero en pleno uso de sus facultades mentales, se confesó, comulgó, pidió y recibió los santos óleos. Un día después exigió que la ayudaran a llegar al lecho de su hijo, quien convalecía de una operación de pelvis; tenía que darle su última bendición.

Los días siguientes Baltasar, realizando un verdadero esfuerzo –en silla de ruedas y auxiliado por dos enfermeras–, se desplazaría de su habitación a la de Margarita para acariciarla y tratar de animarla con mensajes de amor. Pero la vida de la doctora se apagaba lentamente.

El 2 de abril de 1962, rodeada del cariño de su hijo, sus nietas y María Luisa, cerró los ojos para siempre Margarita Chorné y Salazar, aprisionando entre las manos su rosario.

En la mesita de noche quedaron sus artículos de uso cotidiano: el pañuelo con una gran M bordada, un frasco de alcohol, la caja de polvos perfumados, y la leche de almendras de Ibáñez, con la que suavizaba sus manos.

Meses después de la muerte de su madre, lleno de nostalgia, el licenciado Baltasar Dromundo escribió:

La evoco sentada al piano. Jugaban o parecían jugar sus largos dedos blancos sobre el teclado. Ceñía su cuerpo un vestido negro de crujiente seda que traslucía en guirnaldas, hacía la discreta ola graciosa en que la falda caía y moría. Su rostro, su dulce rostro, abstraído por la música. Yo escuchaba distraídamente los giros sentimentales de *Elodia*, su pieza favorita. Otras veces era el *Vals poético*, de Villanueva, o *Capricho*, de Ricardo Castro. Fue su delicado gusto musical, la finura de su sensibilidad mexicana que no dejaba de captar lo europeo, su amante predilección por los canarios y las flores, lo que prestó a la casa ese tono de discreta elegancia, entre melancólico y alegre...⁹

⁹ Baltasar Dromundo, *Margarita Chorné y Salazar*, México, edición del autor, 1962, p. 27.

FUENTES

- Asociación Nacional Femenina Revolucionaria (comp.), *Participación política de la mujer en México, siglo XX*, México, Instituto de Capacitación Política, 1984.
- Basaglia, Franca, *Mujer, locura y sociedad*, México, Universidad Autónoma de Puebla, 1985.
- Cano Ortega, Gabriela, *De la Escuela Nacional de Altos Estudios a la Facultad de Filosofía y Letras, 1910-1929. Un proceso de feminización*, México, tesis doctoral, 1996.
- Cosío Villegas, Daniel, *Historia moderna de México. El Porfiriato. Vida social*, México, Hermes, 1985.
- Díaz de Kuri, Martha Victoria, *El nacimiento de una profesión. La odontología en el siglo XIX en México*, México, FCE/UNAM, 1994.
- Díaz de Ovando, Clementina, *Odontología y publicidad en la prensa mexicana del siglo XIX*, México, UNAM, 1994.
- Dromundo, Baltasar, *Mi barrio de San Miguel*, México, Antigua Librería Robredo, 1951.
- Pinzón, Dora, *Margarita Chorné Salazar. Detrás de un gran hombre está una gran mujer*, A.S.P, p. 2.
- Tuñón, Julia, *La mujer en México*, México, Planeta, 1996.
- Wright de Kleinhans, Laureana, “La emancipación de la mujer por medio del estudio”, *La Mujer Mexicana*, 11: 9, México, septiembre de 1905.
- , “La mujer perfecta”, *El Correo de las Señoras*, 12: 1, México, 1893, p. 1.

ENTREVISTAS

Chorné Navia, Rafael, Dr., agosto y septiembre de 1997, México, D.F.

Dromundo de Bucio, Margarita, agosto y septiembre de 1997, México,
D.F.

Dromundo de Padilla, Maravilla, agosto de 1997, México, D.F.

Sanfilippo, José, Dr., conversaciones, 1993-1995, México, D.F.

Villagra Chorné, Antonio, agosto y septiembre de 1997, México, D.F.

Graciela Enríquez Enríquez
coordinó esta edición de 1000 ejemplares

Se terminó de imprimir en octubre de 2009

Diseño de portada
Retorno Tassier, S.A. de C.V.
Río Churubusco núm. 353-1
Col. General Anaya
03340, México, D.F.

Diseño gráfico editorial
Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.
Calle 2 núm. 21, San Pedro de los Pinos
03800, México, D.F.
55 15 16 57

En la composición se utilizaron tipos
Baskerville en tamaños
9, 10, 11, 13, 16 y 24 puntos

Editado por
DEMAC